

VIEJAS POSTALES DESCONOCIDAS.

LA PLAZA DEL CRISTO.

Por Federico Villoch.

LA PLAZA, o el Parque del Cristo, que de ambos modos ha sido costumbre llamarle siempre a aquel lugar, no cabe duda que es uno de los más céntricos, sino de los más concurridos de nuestra urbe capitalina. Plaza, cuando nos referimos al ancho espacio cerrado por las calles que la demarcan; y Parque, cuando nos concretamos al rectángulo determinado en su centro, y que se destina al recreo de los vecinos de aquella populosa barriada. Durante once años, en nuestra época de periodista, de 1893 a 1904, hemos cruzado aquel sitio, por lo menos, una vez al día, modestos pasajeros de la «guagua de Estanillo» que hacía la ruta Teniente Rey-Muelle de Luz, para dirigirnos, del semanario «La Caricatura», sito en Galiano, al periódico «La Unión Constitucional», instalado en la referida última calle; publicaciones ambas en las que figurábamos como redactores de plantilla, sin contar las veces en que por una u otra circunstancia concurríamos a aquel sitio, según vamos a tener el gusto de referir a nuestros lectores.

Otro rincón de alegre bohemia periodística, de los que en otra parte hemos hablado, y aun hablaremos, la fonda que estuvo durante mucho tiempo establecida en la calle de Teniente Rey entre las del Cristo y Bernaza, «La Flor Catalana» popular entre la gente de buen apetito por sus magníficos guisos de caracoles, y sus cocineros catalanes y valencianos, expertos en paellas y munyetas. «La Flor» como toda planta expuesta a los rigores del tiempo, se agostó al fin; y surgió en su lugar otra, que si no buenos caracoles como su antecesora, brinda a sus numerosos favorecedores, según dicen los que entienden y los gustan, sabrosos bistekes. A «La Flor» acudimos por primera vez, incidentalmente, y quedamos ya de marchantes hijos por algún tiempo, con motivo de haber prestado en aquella «Plaza del Cristo» un importante servicio la policía de la Habana, uno de cuyos miembros, el inspector Miró, ayudado de sus segundos Menéndez y Quiñones, detuvieron, una noche del año 1890, en la esquina de Bernaza y Teniente Rey, aquel francés Hereux, asesino en París, en compañía de su amante, Gabriela Bompard, del amante de ésta, el rico notario parisién M. Guffé. La policía del mundo entero hallábase atenta a la captura del asesino, que después de encerrar el descuartizado cadáver del notario en un baúl, y despacharlo para una estación del interior de Francia, había desaparecido. Constituyeron el tema principal de aquellos días, de las estaciones cablegráficas, la búsqueda, las sospechas, los supuestos rastros emprendidos por el apache criminal, suponiéndosele ya en Londres, ya en París, ya en España, ya en Berlín; hasta que de buenas a primeras se anunció que había aparecido en la Habana.

La detención de Hereux resultó verdaderamente dramática. Lo que menos él se esperaba, pues vivía aquí con apellido supuesto; pero de pronto, una noche al pasar por la referida esquina de Bernaza y Teniente Rey, sintióse llamado a sus espaldas, por su verdadero nombre—¡Hereux!—y al volverse, súbitamente los dos policías que lo venían siguiendo le ordenaron la detención, y le colocaron las esposas. Desde que llegó a la Habana se había constituido en visita diaria de una célebre modista francesa, establecida en la calle de O-Reilly, teniendo especial empeño en hablar todos los días del asesinato de M. Guffé; hasta que llegó de Fharis un periódico con su retrato, e inmediatamente, al confrontarlo y reconocerlo la modista, puso el caso en conocimiento del Ministro francés, y éste, a su vez, en el del jefe de la Policía habanera, quien comisionó a Miró para relizar el importante servicio, que llevó a cabo, como se vió, con el mejor éxito. Vinieron a recoger al detenido el propio jefe de la Policía francesa, acompañado de varios comisarios de la misma, siendo repatriado en la barra del vapor francés «Ville de Brest» o «Lafayette», no recordamos. Años después vimos perfectamente reproducidos, en el Museo Grevant del Boulevard de los Italianos, de París, todos los pasajes de aquel crimen, hasta el acto final de la terrible guillotina.

El servicio policiaco prestado por la policía cubana tuvo una gran resonancia, como se comprenderá, en las principales capitales del mundo. El Gobierno francés condecoró con una cruz de importancia al jefe de Policía de la Habana, y con encomiendas de secundario valor a los subalternos que habían realizado el servicio. Por su parte, el Gobernador español, que entonces era el General Chinchilla—año de 1890—que substituyó por muerte al general Salamanca, obsequió a los policías franceses con un banquete que se sirvió en la Jefatura de Policía, y al que asistió una escogida y numerosa representación de la prensa. En puridad de verdad, quien descubrió al criminal fué la modista francesa, cuyo nombre no creemos oportuno sacar a luz, y que tuvo ocasión de cotejar la fotografía publicada en el periódico francés que había recibido, con el rostro real y verdadero del conciudadano que la visitaba diariamente: algo por el estilo de lo que sucedió con el muchacho que encontró en Batabanó el cráneo de la descuartizada Celia Mena, verdadero descubridor del crimen del ex-policía René Hidalgo...

La Plaza del Cristo de aquel tiempo, donde, como hemos dicho, tuvo lugar la detención de Hereux, era un sitio típicamente criollo. Se le llamaba el «Mercado de las Lavanderas», porque allí se reunían las negras viejas, que entonces en su mayoría se dedicaban al oficio, y casi

2

todas, sino todas, hablaban el lenguaje africano llamado de «nación». Todas llegaban a la Plaza a primeras horas de la mañana, en animados grupos, y oían la misa de siete de iglesia que daba nombre a aquella, y cuyas sonoras campanas les señalaban la hora de ir entrando en el templo. Las casas ricas o pudientes enviaban allí a sus criados, en busca de una «buena lavandera»: entonces se «lavaba la ropa sucia en casa», y se tendía en la azotea. Costumbre que ha desaparecido, conjuntamente con varias piezas de uso doméstico, reemplazadas por otras y en muchos casos, desaparecidas por completo.

Además de la «polonesa», bonita y airosa pieza femenina de vestir, que había puesto de moda, sobre el año 50, el primer reparto entre Rusia, Alemania y Austria—¿por qué no se resucita ahora la moda de la «polonesa»?—han desaparecido los «polizores», que muchas veces se simulaban con trapos de relleno; los paños de crochet con que se cubría el respaldo de las butacas, el sofá y los sillones del «estrado de la sala», para defender la rejilla de los mismos de las cabelleras cargadas con exceso de grasas y cosméticos—moda ésta que ha reverdecido—los roederos, amplios y colgantes, de tela de hilo blanco, bordeada de puntas de encaje que se ceñían alrededor de los lechos que por su exagerada altura dejaban ver en demasía lo posterior de ellos; el «camay», una especie de blusa ligera, de fino holán o percal modesto, que se ponían las señoras a prima hora para atender los quehaceres mañaneros de su casa. Las «sayas», que hoy han desaparecido, para aligerar la vestimenta, lo más posible, según el uso modernista; el camisón, declarada pieza inútil y molesta, substituída por el blume, y cantada en su día por el madrileño maestro Barbieri en su inolvidable «Barberillo del Lavapiés»:

**Camisón,
si a tu dueño le siente bien,
camisón... camisón...**

Se explica que las niñas y las jóvenes del presente, y también el público entre los cuarenta y los cincuenta, se ríen a carcajadas cuando ven, a la hora de acostarse en el Dormitorio de Inmigración, a la principal intérprete de una graciosa película argentina, y quitarse refajos y más refajos, enaguas y más enaguas, hasta quedar al fin en unos anchotes y ridículos pantalones que le bajan hasta los mismos tobillos. Y no es sólo la protagonista, porque

**Hay que ver,
Hay que ver,
las cosas que en un tiempo
llevaba la mujer...**

como se canta en la preciosa zarzuela española «La Montería», del maestro Guerrero, que tuvimos el gusto de ver representar en el teatro «La Latina», de Madrid, el año 1923.

No cabe duda que las guerras han influenciado siempre en el traje de las mujeres: la «polonesa» y el «malakoff» responden a las guerras de los años 40 y 50 de Austria, Crimea, etc. La guerra del

14 impuso la falda pantalón y el cabello corto. Ahora se dice que la actual que está asolando a Europa, restaurará el uso del corset, como si dijéramos, que va a imponerse «la mujer motorizada». En cuanto al calzado femenino, su transformación se ha llevado a efecto a la inversa, volviendo a lo más antiguo, a la época del escarpín estilo Valiere, de alto y exagerado tacón, y aún al de las sandalias que usaba la reina de Egipto, relegando al olvido aquella airosa polaca que ceñía el arranque de la pierna con tan fina elegancia. ¿Se acuerda alguien, a no ser algún «descolorido» de entonces, del botín de trompa de cochino, y del «napoleón» para niños, con puntera de metal? En un principio fueron amarillos, de su propio color; luego las pintaron de negro.

Tres cosas hay en la Plaza, o el Parque del Cristo, que se disputan su hegemonía así por razones de importancia, como de tiempo: la Iglesia: la Botica de su nombre; y la Casa de Préstamos de Vérez, establecida en la pintoresca casita antigua que hace esquina a Bernaza. La iglesia se remonta al siglo XVI; la botica al año 1870; y la casa de empeño de Vérez a 1860. Su dueño es, o fué, el archivo viviente de la Plaza. Así como reseña o reseñaba uno tras otro, sin olvidar ninguno, cuantos sucesos de mayor o menor importancia allí ocurrieron, podía expedir de viva voz, si se las hubieran pedido, las partidas de nacimiento, de boda y de defunción de sus vecinos contemporáneos. En tiempos de la Colonia, el Día de Reyes, esta plaza resultaba uno de los sitios más alegres y pintorescos de la Habana. A las doce del día, cuando mayor era la afluencia de los «cabildos», el sacristán echaba al vuelo las campanas de la iglesia; y era para volver loco a cualquiera el ruido que se formaba entre el sonido de aquéllas, los cantos congos, y el incansante repiquetear de los tambores: los «diablitos» escogían casi siempre para sus fiestas las plazuelas frente a los templos, ante cuyas escalinatas principales se arrodillaban, besando el suelo con unción.

Próxima a esta Plaza del Cristo, en la calle de la Amargura casi esquina a la de Aguacate, existía por aquella época la «Academia Mercantil de Funes», de la que fuimos alumnos unos meses, y donde cursaron sus estudios comerciales los que en su día fueron expertos y conocidos tenedores de libros, empleados y agentes de importancia de nuestros primeros bancos y centros comerciales: Celestino Ruiz, Aizpuro, Marchena, Orellana, Altolaguirre, Alvarez, Marina, etc. La Academia de Funes era rival de la de Carricaburo establecida en la calle de Luz; y, enemigas irreconciliables, ambas se desafiaban disparándose problemas a resolver en los periódicos diarios, a ver cuál de las dos lo lograba con menos cantidad de números. Hay que confesar que la de Funes casi siempre cantaba victoria. Aquel calculista tenía la maña de resolver con sólo veinte números, lo que otros no acertaban a hacerlo, a veces, ni con ciento y pico. Funes era un criollo calmoso de barba cerrada,

gran fumador y tomador de café, profundo matemático que, armado de su lápiz y frente a un cuadernillo de papel español, era capaz de dar hasta con la cuadratura del círculo. Gran número de los jóvenes comerciales de aquel tiempo aprendieron en su academia.

En la casa frontera a la academia de Funes, Amargura entre Aguacate y Compostela, vivía y tenía su bufete de abogado el licenciado Bobadilla, padre del famoso y entonces joven escritor Emilio Bobadilla. «Fray Candil», al que veíamos en sus veintey pico de años salir por las tardes, queriendo comerse al mundo con su desafiante aspecto, y sus bigotes a la borgoñona. Había por aquellos días publicado su primer libro titulado «Reflejos», del que se ocupaban todos los periódicos y los grupos y reuniones de los cafés: como no era entonces cosa que se prodigaba, la aparición de un libro, científico o literario, se le rodeaba de gran importancia.

Otro recuerdo contemporáneo de esta Plaza: la cobarde y anónima agresión de que en la esquina de Teniente Rey fué objeto un ilustre y conocido escritor y director de un periódico, cuya redacción se encontraba entonces por allí cerca; motivando ella una general protesta de todas las clases sociales. El agredido era un ingenioso periodista que siempre tenía a la mano el chiste y el comentario oportuno para todo suceso; y cuando en la casa de socorros los amigos que lo rodeaban le preguntaron ¿qué había sido aquéllo? él, pasándose la mano sobre la cruz de espadrapo, impresa en su frente, les contestó:

...—Casi nada.

Con lo que quería referirse a cierto señor con quien en aquellas circunstancias sostenía por medio del periódico, una apasionada polémica; y cuyo apellido se acomodaba perfectamente al retruécano; acusándolo, desde luego, como único y responsable instigador del atentado...

En esta esquina de la Plaza y la calle de Teniente Rey, existía entonces un café llamado «El Volcán», que lo era en efecto, lanzando lavas encendidas y rayos y truenos en forma de balas, en las erupciones con que a cada rato amenazaba a los pacíficos transeúntes y vecinos de los alrededores. En la esquina de Lamparilla y Villegas existía, y aun existe, la célebre y popular «Farmacia de El Cristo» receptora y vendedora en gran escala de aquel famoso «Aceite de San Jacobo», que después de haber atronado al mundo con sus anuncios, desapareció por escotillón, y no asomó más la cabeza. Recordamos, de los preparados que se vendían por aquellos tiempos, y que ocupaban gran espacio en las planas de anuncios de los periódicos, a grandes titulares, el ELIXIR DE CHAGUASEDA; los CIGARROS DE CHAMIMICO; el JARABE DE ANACAHUIC; aquel famoso LICUOZONE, que recomendaban invariablemente, en sus planes curativos, el popular doctor Sabucedo a la dependencia española de aquellos tiempos, entre la que contaba su mejor clientela; aquel LICOR PURO DE BREA que llevaba al pie de su anuncio este convincente pareado:

Señora, no se haga sorda,
Fruébelo, y verá que engorda.
EL BALSAMO VEGETAL, que lo cu-

taba todo; y por fin, otros, que no sabemos si aun se usan, porque no fuimos adictos a ninguno de ellos; pero sí que no se anuncian ya con la persistencia y el lujo con que antes era costumbre hacerlo.

Ciro anuncio, aunque no de preparado de farmacia, pero que se destacaba entre todos, y que no dejaba de salir un día en ningún periódico, era el de la popular LUZ BRILLANTE, que se anunciaba con un gran elefante sosteniendo en alto, en la punta de la trompa, un artístico quinqué de los que entonces usaban para el consumo doméstico, muchas familias que aun le tenían su escrúpulo al gas del alumbrado. La agencia de la LUZ BRILLANTE, a cargo de los señores Conill y Archbold, hallábase precisamente cerca de esta plaza del Cristo, en la calle de Teniente Rey, número 71.

En cuanto a las enfermedades, tal parece, a primera vista, que muchas de las antiguas han desaparecido, y que se han creado otras nuevas, a causa de la nueva y sonora nomenclatura con que se ha enriquecido la moderna patología; si bien hay que confesar que el confusio nismo y la nerviosidad de la edad presente han creado algunos padecimientos que no se concían. No es corto el número de personas que no saben, a ciencia cierta, de lo que padecen. Muchas anécdotas y chascarrillos se inventan y refieren al caso. Vamos a citar el más pintoresco de ellos. Salen de una consulta médica dos hombres, uno más joven que el otro, ambos, por el aspecto, campesinos. El viejo le pregunta al joven lo que le ha dicho el galeno; y el interpelado, en tono adolorido, y pasándose la diestra por el estómago, le contesta:

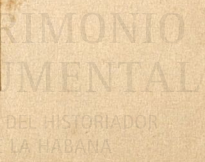
—No sé; dice que tengo aquí una cosa que acaba en itis.

—¡Ah! ¡ya! —aclara el viejo. —A eso mi abuela le llamaba padrejón.

En el piso alto de la botica de El Cristo estuvo instalada durante muchos años la célebre y popular «Academia Dental de Rojas», cuyo letrero se veía a lo largo de todo el frente del balcón. También en este piso existía una acreditada casa de huéspedes, donde vivieron estudiantes y periodistas conocidos, entre ellos el entonces joven poeta portorriqueño de Diego. En Villegas, allí al doblar, en una modesta casita de tejado, vivía aquel simpatísimo pardo a quien tanto distinguía y apreciaba la sociedad habanera, con su señora e hija, el maestro Raimundo Valenzuela, quien usaba una «pata de palo» por faltarle una de las piernas. Al lado de la iglesia, por Lamparilla, tuvo su almacén y taller de hojalatería y herrería aquel popular «Cabezas», que llenó la Habana de bañaderas, duchas, canales, canalones, tanques; verjas, regaderas de jardín, etc., etc., parlante como un loco, y vivaz como una ardilla, y muy querido de su marchantería. Hoy se halla establecido en la próxima cuadra, entre Bernaza y Monserrate.

Recién salido de la Universidad, en una de estas casas de la Plaza del Cristo, abrió al público su primer consultorio médico el que con los años había de ser honra de nuestro mundo científico, prez de nuestro profesorado y destacado político, el doctor Ramón Grau San Martín.

El palacio del acaudalado hacendado cubano Enrique Conill pone en esta Plaza



4

del Cristo una nota de sólida y moderna elegancia, que le hace perder mucho de su rancio y antiguo aspecto. «En noches que ya pasaron», celebráronse en aquellos salones las fiestas más brillantes y escogidas de la sociedad habanera, llenando sus programas los más renombrados artistas que funcionaban por entonces en nuestra capital, la Gini, la Drog, la Tetrazini etc. No faltaban en aquellas veladas las recitaciones de Casal, Aniceto Valdivia, etc. Valdivia, como recitador, gozaba fama y popularidad merecidas. A todo lo que recitaba le infundía un soplo de arte y de vehemencia que encantaba al auditorio. Recitaba largos trozos del teatro clásico español; pero donde resultaba verdaderamente notable, era en la composición descriptiva del poeta portorriqueño, Zeno Gandía: «La Palmada». Cuando en una fiesta de sociedad le llegaba su tur-

no en el programa, la concurrencia le gritaba: «¡La Palmada! ¡La Palmada!» ¿Contó él algún día las veces que había recitado aquella composición?...

Hasta mediados del siglo XVII, la casa situada en la esquina de Teniente Rey y Bernaza, hoy casa de inquilinato, fué el Palacio Episcopal de la Habana, siendo en esa época uno de los edificios más suntuosos de la capital. La fundación de la iglesia se remonta al año 1675, aunque su primer libro del archivo empieza el año 1692. Fué nombrada, junto con la del Espíritu Santo, Iglesia auxiliar de la Catedral. Al principio había en aquel sitio una capilla donde, antes de emprender sus viajes, venían a orar ante el Cristo, los marinos; y de ahí proviene el nombre de la «Iglesia del Santo Cristo del Buen Viaje». La antigua iglesia fué restaurada en 1928 por el P. Lorenzo M. Spiral, y hoy es su Párroco el Rvd. John B. Martin O. S. A. El colegio adjunto, que estaba antes en la calle de Aguiar, de San Agustín, se abrió el año 1903.

El antiguo Parque del Cristo se va cayendo de viejo. Ninguna mano caritativa se tiende para levantarlo. Es un mendigo más, de los tantos que se postran en las escalinatas de la iglesia que le da su nombre, sin otro amparo que el que le prestan aquellos caritativos y venerables sacerdotes, ni otra pompa, que la que le ofrecen los acordes de su órgano, en los días de grandes fiestas religiosas; y el acompasado sonar de sus viejas campanas, contando, con monótono ritmo, desde 1675, las horas cotidianas de aquellos alrededores...

Im. ag 11/40



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA